

Castagny y el coronel Dupin, para poner fuego, el primero á la Concordia y el segundo al pueblecillo de Osuluma. Siguiendo ese funesto sistema, los pueblos desaparecerían bien pronto, pues quemando cada partido los edificios y las fincas de campo de los que juzgaba adictos á la causa contraria, el país quedaría bien pronto reducido á escombros solamente.

Reducido á cenizas el pueblo de la Noria, el general Don Ramon Corona se dirigió con el escuadron «Guías de Jalisco» y la brigada Gutierrez, al Rosario, donde se hallaba el comandante imperialista D. Mauricio Castañeda con trescientos ginetes. Al tener noticia el jefe defensor del imperio del movimiento hecho por el general republicano, se retiró á la Concepcion, para unirse á un batallón imperialista que marchaba de Tepic y se hallaba cerca de Bayona, pueblo de Jalisco que se halla en la línea divisoria de este Estado y del de Sinaloa.

Don Ramon Corona desplegaba en todas estas marchas una actividad prodigiosa; de todas partes recibía noticias de los movimientos que hacían las fuerzas imperialistas y á todos los jefes comunicaba órdenes para obrar con arreglo á ellas.

Estando en la Nória, poco antes de que fuese entregado á las llamas, recibió una carta del general D. Perfecto Guzman, que, como tengo referido, había reconocido

1865. aparentemente por orden suya al gobierno  
 Octubre. imperial. En ella le decía, que acababa de llegar á Guajicori un batallón imperialista de línea bajo el mando de un coronel llamado Romero que marchaba á reforzar la guarnición francesa de Mazatlan, y que él

estaba ya listo para entrar en campaña en el momento que recibiese la orden para ello del cuartel general.

El general D. Ramon Corona al saber que el comandante imperialista D. Mauricio Castañeda se hallaba en la Concepcion con sus trescientos ginetes, y que el batallón que marchaba de Tepic se había detenido á pernoctar en la Bayona, mediando únicamente entre ambos el río de las Cañas que divide ambos Estados, dispuso sorprender simultáneamente á las dos fuerzas, las cuales ignoraban completamente su movimiento. Queriendo aprovecharse de la falta absoluta de noticias de sus contrarios respecto de su proximidad á ellos, y estando para llegar la noche, dejó el camino real y tomó un sendero estrecho que le condujo á la carretera que se extiende entre Acaponeca y la Bayona. Mandando allí hacer alto á la tropa, dispuso el plan que podría darle por resultado el triunfo que se había propuesto sobre los imperialistas. Ordenó que sin pérdida de momento marchase una parte de sus tropas sobre la Concepcion con el mayor secreto, y que no acometiese hasta no escuchar que se habían roto los fuegos sobre la Bayona. El resultado de las disposiciones fué satisfactorio para las fuerzas republicanas. Sorprendidos á un mismo tiempo en ambos puntos los imperialistas, pusieron en dispersión á los trescientos ginetes de D. Mauricio Castañeda, quitándoles una gran parte de los caballos, y haciendo cerca de doscientos prisioneros en la Bayona al batallón de Tepic.

Inmediatamente de conseguido este triunfo, el general D. Ramon Corona mandó al comandante D. Victoriano Cruz que con la mayor velocidad posible se dirigiese al



pueblo de Acaponeca, para sorprender su corta guarnición antes que los fugitivos llegasen á refugiarse en él

1865. y diesen aviso de lo que pasaba. El éxito fué  
 Octubre. igualmente feliz para las armas republicanas, pues, atacado un piquete de infantería y algunos vecinos que era toda la fuerza que había, les obligaron á rendirse á discrecion, haciéndoles quince prisioneros. Los vencedores se apoderaron de las armas y efectos de guerra que había en el depósito, que fueron más de cien fusiles, cinco cargas de municiones, veinte barriles de pólvora, doscientos uniformes, un cañon de bronce de á cuatro, y algunos otros objetos.

Alcanzada esta victoria, el general D. Ramon Corona, se puso en marcha para Guajicori, que dista seis leguas de Acaponeca. El general D. Perfecto Guzman, que residía en Guajicori, salió á su encuentro para felicitarle por los recientes triunfos y manifestándole deseos de volver á campaña, dejando el papel de sometido que había representado. D. Ramon Corona se alojó en casa de D. Perfecto Guzman, y dió orden á éste para que, llamando á los habitantes de los pueblos comarcanos, se pusiera de nuevo en campaña. Para que pudiese efectuar su movimiento, le entregó trescientos fusiles, el cañon cogido en Acaponeca y las suficientes municiones.

Con ménos fortuna que en el Estado de Sinaloa caminaron las fuerzas republicanas en otros Estados en que se veian constantemente perseguidas. Por el rumbo de Tehuacan sufrieron un fuerte descalabro el 25 de Octubre los guerrilleros republicanos Figueroa y Amador. Al frente de seiscientos hombres sostuvieron un reñido com-

bate contra una fuerza franco-mejicana de húsares y lanceros; pero declarada la fortuna en favor de los imperialistas, se retiraron en dispersion dejando sobre el campo de la accion cerca de doscientos muertos, y apoderándose los vencedores, de cincuenta caballos, una bandera, muchas armas, algunas municiones y todas las provisiones que habían sacado de varias haciendas.

Igualmente contraria le fué la fortuna á la fuerza republicana que se hallaba á las órdenes del guerrillero Zepeda. Sorprendida cerca de San Vicente por el teniente coronel imperialista D. José María Carriedo, á las seis de la mañana del 17 de Octubre, fué completamente derrotada, logrando salvarse el jefe Zepeda; pero pereciendo el comandante D. Jesús Castillo y un teniente llamado D. Guillermo Peña.

1865. Pocos días despues de la accion verificada  
 Octubre. en Santa Ana Amatlan, tuvo el jefe imperialista D. Ramon Mendez, elevado ya á general de brigada, un encuentro con las fuerzas del jefe republicano Salorio. El combate se trabó el 29 de Octubre. Mostrándose adversa la fortuna para las armas republicanas, las tropas de Salorio fueron batidas y dispersadas, dejando tres oficiales muertos entre otros muchos soldados, y perdiendo sesenta caballos que cayeron en poder de los imperialistas.

Otro encuentro se verificó el 27 de Octubre en territorio perteneciente al Estado de Oajaca. Una fuerza republicana de seiscientos hombres á las órdenes de los jefes D. Cenobio Nuiz, Bolaños y Sanchez, invadió el distrito de Ixtlan. Inmediatamente salió de Oajaca el teniente



coronel imperialista Garay á la cabeza de su batallon. Los republicanos le presentaron accion en el puente del Río Grande, y el combate empezó sin tardanza. Habiéndose declarado la victoria por los imperialistas, los republicanos se retiraron dejando sobre el campo de batalla treinta y siete muertos, bastantes armas y algunas municiones.

En el Coizillo, á una legua de Silav, fué aprehendido el guerrillero D. Anselmo Fonseca, el 30 de Octubre. Juzgado inmediatamente, fué sentenciado á muerte conforme á la ley expedida el día 3, y fusilado á las seis de la mañana del 31.

Mientras en la mayor parte de los Estados las fuerzas imperialistas estaban á la ofensiva, en el de Nuevo-Leon, donde el gobierno de Maximiliano contaba con escasas tropas, se pusieron en los últimos días del mes de Octubre á la defensiva.

El general republicano D. Mariano Escobedo, quien despues del triunfo alcanzado en Paso de las Cabras, pasó el mes de Agosto á Brownsville, como tengo referido, para hacerse de armas y de recursos de guerra en la vecina república de los Estados-Unidos, volvió, conseguidos estos, á reunirse con sus tropas para emprender con más vigor la campaña. En Lampazos, á donde se dirigió, dispuso que las tropas de infantería se situasen en la villa de Mier, al mismo tiempo que organizaba en la misma poblacion de Lampazos una fuerza de seiscientos hombres de caballería, ayudado de los coroneles Falcon y D. Gregorio Galindo. Arreglada la fuerza, D. Mariano Escobedo se dirigió á Cuatro Ciénagas, donde había doscien-

1865. <sup>Octubre.</sup> tos ginetes que habían pertenecido á la division del general y ministro de la guerra D. Miguel Negrete. Al frente de estos doscientos ginetes había quedado el general Aguirre, pero sin recursos para hacer el movimiento que deseaba para invadir á Parras. El general D. Mariano Escobedo allanó bien pronto las dificultades, y dispuso que Aguirre fuese inmediatamente á los Estados-Unidos en busca de más elementos de guerra y otros recursos, al mismo tiempo que dió orden á su gente de que se reuniese en Cerralvo con las fuerzas del general Garza.

Estando fija la mira de D. Mariano Escobedo en Matamoros, comunicó instrucciones al general Naranjo y al coronel D. Lorenzo Vega para que abandonando los puntos en que estaban situados se incorporasen á él para abrir la campaña sobre Matamoros, cuya plaza seguía mandada por el general imperialista D. Tomás Mejía. Reunidas todas las fuerzas en Cerralvo, cuyo número ascendía á tres mil hombres con diez y nueve piezas de artillería, se emprendió la expedicion.

Desde el día 15 empezaron á circular en Matamoros noticias de que D. Mariano Escobedo, al frente de numerosas tropas, se había movido hácia la ciudad; las noticias se confirmaron pocos días despues con las proclamas que aparecieron del expresado general Escobedo, D. Pedro Hinojosa, Canales y otros jefes, haciendo un llamamiento á los fronterizos y asegurando que muy pronto ocuparían á Matamoros.

El general imperialista D. Tomás Mejía, desde el momento que tuvo aviso del movimiento de sus contrarios



empezó á levantar fortificaciones exteriores, armó en guerra el vapor «Paisano» dando el mando á su secretario y coronel D. Anselmo, y tomó todas las disposiciones que juzgó convenientes para la defensa.

El día 21, sábado, se presentó el general D. Mariano Escobedo con sus tropas á la vista de la ciudad, encon-

1865. trando cubierta y artillada su extensa línea  
 Octubre. de defensa. El domingo 22, se pasó de parte del jefe sitiador en hacer un reconocimiento general de la línea, fuera del alcance de la artillería de los sitiados y en dictar las disposiciones propias para un ataque, sin que hubiese ocurrido otra novedad que algunos disparos de cañon y fusil hechos de una y otra parte.

El lunes, 23 de Octubre, el general D. Sóstenes Rocha fué enviado á la plaza de parlamentario, en union de otro jefe del ejército sitiador, con una comunicacion para el general D. Tomás Mejía, en que se le intimaba la rendicion. El jefe imperialista contestó con modesta dignidad, manifestando que estaba resuelto á defender la ciudad hasta perder la vida. En la tarde solicitó el general sitiador D. Mariano Escobedo tener una conferencia con D. Tomás Mejía, que se verificó á las seis fuera de los atrincheramientos, sin que hubiera dado resultado alguno. A su vuelta á la ciudad el general Mejía dictó todas las providencias necesarias, para resistir el asalto que esperaba diesen los sitiadores para apoderarse de algunos puntos.

El martes, 24, se trabajó en el campo sitiador con una actividad imponderable, construyendo caminos cubiertos para acercar la artillería á las fortificaciones contrarias;

por la noche, que fué oscura y lluviosa, favorable en consecuencia á sus intentos, construyeron trincheras á corta distancia de las de sus contrarios; y aprovechando la densa oscuridad que reinaba, sus columnas, agachándose cuanto les fué posible, se situaron, sin ser vistas, á unos cien metros de las fortificaciones exteriores de la plaza.

A las cinco de la mañana del miércoles 25, las expresadas columnas se arrojaron con rapidez y denuedo sobre los puntos fortificados, intentando apoderarse simultáneamente de todas las posiciones exteriores que ocupaban los imperialistas. Un fortin, situado al Oriente, cerca de la orilla del río, fué ocupado por una columna de las fuerzas republicanas, que habían envuelto ya la importante trinchera denominada de *Matamoros*; pero el general D. Tomás Mejía, que comprendía la importancia de aquel punto se presentó en aquellos momentos con la columna

1865. de reserva y atacando con ímpetu terrible lo-  
 Octubre. gró rechazar á los valientes asaltantes, que se retiraron sufriendo la mortífera metralla lanzada por los cañones del vapor «Paisano,» que había armado en guerra.

El asalto fué vigoroso en todos los puntos; pero á pesar del notable esfuerzo y valor de los asaltantes que se batieron con extraordinario denuedo, de todos fueron rechazados, sufriendo una pérdida grande, y por lo mismo muy sensible de muertos, heridos y dispersos. (1)

(1) Sigo el sencillo parte dado por el general Mejía que usaba de verdad en todos ellos. Tambien he tenido á la vista una carta de un testigo ocular digna de todo crédito.



En el vigoroso asalto se distinguieron de una manera notable entre los jefes republicanos que iban al frente de sus respectivas columnas, el general D. Pedro Hinojosa y el coronel D. Adolfo Garza, que salió herido.

Después de este rudo ataque en que imperialistas y republicanos se batieron con igual valor, el general D. Mariano Escobedo retiró sus campamentos fuera del mayor alcance del fuego de cañón de la plaza, reduciéndose desde esa fecha los hechos de armas, á diversos combates parciales que se verificaban todos los días, ocupándose su gente por la noche en abrir fosos delante de los

1865. reductos de los sitiados, donde colocaron tres  
 Octubre. piezas de artillería rayada que arrojaban constantemente balas y granadas sobre el Fortin de Monterey y la ciudad, causando poco daño en sus habitantes. Las obras de defensa de la plaza continuaban levantándose entre tanto, con la mayor actividad. La línea construída al rededor de la plaza, se fortaleció con nuevos reductos, se cerró enteramente con estacadas, y se empezó la apertura de un foso semicircular, que abrazaba cerca de cuatro millas de extensión. Una segunda línea de barricadas fué establecida en muy pocos días dentro de la ciudad.

En esas diversas escaramuzas y trabajos de fortificaciones por una y otra parte se pasó el mes de Octubre y los primeros días de Noviembre. El 7 de este último mes, llegó, procedente de Bagdad, el vapor mejicano «Antonia,» tripulado por setenta marineros franceses, á las órdenes del instructor de navío Q. de la Rédolliere. Los sitiadores trataron de impedirles el paso del río, haciendo

sobre el buque un fuego nutrido de rifle y algunos disparos de cañón. Del lado de Tejas se dispararon también bastantes tiros de fusil sobre el expresado vapor, resultando heridos dos marineros. Venciendo al fin las dificultades que se les presentaban, penetró por el río dentro de la línea fortificada.

El general D. Mariano Escobedo, convencido de la imposibilidad de tomar la plaza después de las sensibles pérdidas de gente que había sufrido en el vigoroso asalto del día 25 de Octubre, levantó el sitio el 8 de Noviembre.

El número de soldados que perdieron las tropas republicanas, según el parte dado por D. Tomás Mejía, ascendió á quinientos hombres. Las de los defensores, como que estuvieron á la defensiva, consistieron, según el mismo parte, en el comandante de escuadrón D. Manuel F. Prieto, herido; en veinticinco individuos de la clase de tropa, también heridos; muertos, un segundo ayudante de la contraguerrilla extranjera mandada por Mr. Gerard, un subteniente del batallón de Sierra Gorda, y siete

1865. soldados de diferentes cuerpos, dos de ellos,  
 Octubre. de los voluntarios de Matamoros.

Levantado el sitio, el general republicano D. Mariano Escobedo, se dirigió con su división al llano de la Marcelina, distante tres leguas de Matamoros, donde se detuvo para dar descanso á su tropa y dirigir á otra parte sus operaciones.

La conservación de Matamoros era de suma importancia para el gobierno imperial, y por lo mismo la defensa de la plaza hecha por D. Tomás Mejía alcanzó todo su elo-



gio. El emperador Maximiliano, informado por las partes del valor, tino y actividad desplegados por el general más modesto que existía en el ejército imperialista, le dirigió una carta, con fecha 12 de Noviembre, manifestándole lo satisfecho que estaba de su brillante comportamiento y de la disciplina, constancia y valor de las tropas de su mando. La contestacion del general Mejía á su soberano fué la siguiente:

«Señor: Es un alto honor el que V. M. se ha dignado dispensar á las tropas de mi mando y á mí especialmente, con sus hermosas palabras de satisfaccion expresadas en la carta imperial, fechada el 12 del presente mes.

«Defendimos, señor, en el recinto de Matamoros, los intereses más caros para los mejicanos; la independenciam, la paz y el progreso, inseparablemente unidos al trono de V. M. Por eso pertenecen á V. M. nuestras vidas y nuestras armas.

«Así lo manifesté personalmente al primer jefe del enemigo, que se atrevió á pedirme la ciudad confiada á nuestra custodia, y del mismo modo se lo hicimos comprender despues con nuestros actos.

«Los auxilios en tropas y dinero que V. M. se dignó enviarnos, han llegado ayer felizmente á Matamoros. Los recibimos como la prueba más honorífica de la solicitud de nuestro soberano.

«Respetuosamente soy de V. M. imperial, muy obediente servidor.—Señor.—*Tomás Mejía*.—A su Majestad el Emperador Maximiliano.—Méjico.—Matamoros, Noviembre 24 de 1865.»

Las frecuentes victorias alcanzadas por las armas im-

perialistas; el no contar D. Benito Juarez con un cuerpo de ejército en el corazon del país para hacer un movimiento serio sobre alguna ciudad de importancia; el re-

1865. vés sufrido por el general D. José María  
 Octubre. Arteaga y los generales que le acompañaban; el ver á las guerrillas obligadas á esquivar todo encuentro serio, sin tener punto seguro nunca; la falta de recursos en que se hallaban, teniéndolos que sacar de las haciendas que se encontraban ya en estado de ruina; la retirada del gobierno á la línea divisoria de la frontera para pasar á territorio de los Estados-Unidos al menor amago; las disensiones suscitadas entre algunos de sus mismos generales, como en Mazatlan contra su gobernador D. Jesús García Morales; en el sur de Jalisco entre don José María Arteaga y el general Echegaray; en Jalapa entre Miran y otro de los generales; en Michoacan entre los Troncosos y Ugalde, en que fueron fusilados los primeros por el segundo; y la última en la frontera entre el general Cortina y el coronel Canales; la desaparicion del escenario de la lucha del general D. Jesús Gonzalez Ortega y de otros muchos jefes que se habían refugiado en los Estados-Unidos; todo esto, unido á la desnudez en que se hallaban las fuerzas republicanas, á su vida de continuo sobresalto y á la carencia muchas veces de lo más preciso á las necesidades de la vida, llegó á persuadir á muchos de los que hasta entonces habían combatido heroicamente contra el imperio de que todo nuevo sacrificio que siguieran haciendo sería estéril; que la causa que habían defendido estaba próxima á ser vencida, y que prolongar por algunos días más la lucha, no daría por